

VICARUCIS CON LOS MÁRTIRES

MONICIÓN INICIAL

En este camino de la Cuaresma, dirigiendo nuestras vidas a la celebración de la Pascua, contemplamos los pasos de Jesús en su Pasión y muerte deseando formar en nosotros el mismo corazón con el que Él dio su vida por nosotros, deseando ofrecer también nosotros la vida por Él y por el mundo.

Nos hemos reunido para esta oración en este pueblo de Griñón buscando un testimonio de carne y hueso, donde ya se ha realizado este camino; vidas que fueron verdaderamente transformadas a imagen y semejanza de la vida y muerte del Señor.

Hace ya casi 90 años, 10 Hermanos de la Salle, un seglar vinculado a la Comunidad, y el párroco del pueblo, fueron martirizados en el Colegio de Griñón. Un maremoto de odio sacudió España, un odio que también se dirigió contra la fe cristiana, y que encontró en estos 12 mártires de Griñón una respuesta de entrega y perdón.

Con los mártires aprendemos a hacer nuestros los mismos sentimientos de Cristo Jesús, aprendemos a configurarnos con el amor hasta el extremo, a Dios y al prójimo, entregando la vida.

Este Viacrucis, en el que recorreremos las estaciones de la Pasión de Jesús, lo haremos acompañados por meditaciones que pretenden introducirnos en la mirada y el corazón de hermanos nuestros que, como los mártires cuyas reliquias custodia este pueblo, dieron su vida por Cristo y nos enseñan a recibir el Amor Crucificado y abrazarlo como nuestra forma de vida.

ORACIÓN INICIAL

¡Oh, Padre Santo!, tus fieles cristianos quieren hacer memoria de la pasión de tu hijo dando voz a los mártires asesinados por odio a la fe. Recibe nuestras humildes plegarias como aceptaste la sangre de quienes marcados por el bautismo dieron testimonio de su fe en Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

I ESTACIÓN. JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del Evangelio según san Mateo (Mt 27,22.26): “Pilato les preguntó: «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?». Contestaron todos: «Sea crucificado». (...) Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran”.

Señor Jesús, también nosotros hemos sido condenados a muerte, también contra nosotros ha intervenido el odio homicida de Satanás, él es quien ha sembrado la ira en el corazón de nuestros enemigos y han dictado la sentencia de ser degollados por el delito de creer en ti, Señor. Como tú, también temblamos de miedo ante la hora del martirio, también hemos pasado por la tristeza y la angustia de Getsemaní, pero pese a nuestra debilidad, tenemos la certeza de que no nos abandonarás, de que al pronunciar tu nombre a la hora de la muerte, nos abrirás las puertas del paraíso.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

II ESTACIÓN. JESÚS CARGA CON LA CRUZ

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del Profeta Isaías (Is 53,4-5): “Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron”.

Señor, tus palabras son contundentes: el que quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga. El día de nuestro bautismo fuimos signados con tu cruz victoriosa, nacimos del agua y del Espíritu Santo, fuimos marcados para la inmortalidad, dejamos de pertenecernos y sabemos que tú eres nuestra vida, que ninguna otra vida vale la pena fuera de ti. Sí, Jesús, nos abrazamos amorosos a tu santa cruz, y la queremos llevar contigo hasta el martirio.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

III ESTACIÓN. JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del Profeta Isaías (Is 53,6-8): “Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron”.

Señor, ante la hora de la muerte, sólo podemos pensar en lo que ha sido nuestra vida, tú la conoces bien, marcada por la debilidad humana, pero nos consuela saber que tú, sin haber pecado, padeciste nuestra fragilidad, también suplicaste con llantos y gemidos al que te podía librar de la muerte, y no te salvó; tampoco nosotros seremos librados, sin embargo, tenemos la certeza de que al invocar tu nombre nos auxiliarás, atravesaremos confiados las puertas del abismo porque tú estás con nosotros, tu vara y tu cayado nos dan seguridad.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

IV ESTACIÓN. JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE.

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del Evangelio según san Lucas (Lc 2,34-35): “Simeón los bendijo y dijo a María, la madre de Jesús: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

En sus ojos encontraste la fuerza para continuar, en su mirada inmensa y pura hallaste un mar de comprensión, tú y ella os fundisteis en uno solo, en un solo amor, en un solo dolor. Tu nombre y el de ella son nuestro amparo, son nuestro refugio, la fuente de nuestra alegría, en ellos hallamos el valor para no renegar de nuestra fe. Tu madre nos mira y se va el miedo, nos sustraemos del horror y de la afrenta. ¡Oh, madre de Dios, ampáranos, ve cómo temblamos de pavor y abrázanos, deja que nos recostemos como un niño en tu regazo!

(Silencio breve)

Dios te salve, María...

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

V ESTACIÓN. SIMÓN DE CIRENE AYUDA A JESÚS A CARGAR LA CRUZ

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

De la Carta del Apóstol San Pablo a los Colosenses (Col 1,24):
“Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia”.

Como tú, Varón de dolores y sabedor de dolencias, nos sentimos solos, abandonados, pero tu Espíritu Santo ha sido nuestro consuelo, nos ha hecho saber que nuestro Cirineo era el mundo cristiano que nos sostenía con su oración, suplicando para nosotros la gracia de no claudicar ante el martirio, y hoy estamos llenos de esa fuerza, incluso alegres de ayudarte a llevar la cruz, la misma que mañana será nuestra victoria.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

VI ESTACIÓN. LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del Evangelio según san Juan (Jn 12,1-7): “Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, (...) Allí le ofrecieron una cena (...) María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. (...) Jesús dijo: «Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura”.

Nuestras madres y esposas han roto el cerco de los violentos, ellas nos enjugan el rostro del sufrimiento con sus oraciones y sus lágrimas; ellas no maldicen, rezan por nosotros y por nuestros enemigos; a veces las vemos en sueños abrazándonos, consolándonos y animándonos al martirio. No temáis, no renegaremos de Jesús, no nos avergonzaremos de su nombre; seguid orando, seguid consolando, seguid perdonando, que nadie manche vuestro corazón de cristiano, que nada ni nadie os arranque la fe.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

VII ESTACIÓN. JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del Evangelio según san Mateo (Mt 16,24-25): Había dicho Jesús a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.”.

Tu caída nos conmueve y nos consuela, ¡es tan difícil no titubear! También nos hemos preguntado si no es absurdo perder la vida, esta vida que, aunque breve, también la amamos, nos preguntamos si vale la pena este sacrificio, el no volver a abrazar a nuestros padres, besar a nuestras mujeres y no ver crecer a nuestros hijos, pero nos levantamos de la incertidumbre y estamos resueltos a seguir el camino. Señor, que sirva nuestro sacrificio para fortalecer a los débiles, que sirva nuestro martirio para que el mundo incrédulo vuelva a creer.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

VIII ESTACIÓN. JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del Evangelio según san Lucas (Lc 23,27-28): “Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos”.

Jesús, no te olvides de nuestras mujeres, de nuestras madres y nuestras hijas, sólo tú puedes consolarlas, sólo tú puedes darles la certeza de que no moriremos, de que un día, en tu gloria, las volveremos a abrazar; diles nuestras palabras dulces al oído, convéncelas de que no hay amor más grande y sublime que el tuyo, llénalas de misericordia y compasión por nuestros verdugos; después de las lágrimas cólmalas de alegría, dales tu paz a cambio del dolor, sé tú el sostén de nuestros huérfanos y nuestras viudas.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

IX ESTACIÓN. JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del libro de los Salmos (Sal 103,13-17a): “Como un padre siente ternura por sus hijos, | siente el Señor ternura por los que lo temen; porque él conoce nuestra masa, | se acuerda de que somos barro. Los días del hombre duran lo que la hierba, | florecen como flor del campo, que el viento la roza, y ya no existe, | su terreno no volverá a verla. Pero la misericordia del Señor | dura desde siempre y por siempre”.

No nos avergonzamos de nuestras dudas y miedos, somos barro transformado en carne, estamos marcados por el pecado de Adán, y tú nos enseñas, manso y dulce Señor, a no temer a la fragilidad, cuanto más débiles más necesitamos de tu misericordia, cuanto más pequeños más necesitamos de tu piedad. Tu caída, Jesús, nos hace levantarnos, sentimos que nos faltan las fuerzas, pero tú nos vuelves a sostener, te seguimos sufrientes y nos haces saber que en la obediencia está la verdadera libertad.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

X ESTACIÓN. JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

De la Carta del Apóstol san Pablo a los Filipenses (Flp 2,6-8):

“Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.”

Te despojaste de tu divinidad y te hiciste hombre, siendo rico te hiciste pobre por nosotros. Varón de dolores, fuiste despreciado y humillado pero como manso cordero no abriste la boca. Así, nosotros formados en fila a la orilla del mar recorreremos contigo el camino del despojo y la humillación, nuestros verdugos nos han arrebatado todo, pero te tenemos a ti: no nos abandones, no nos desampares, ven aprisa a socorrernos, ven a cubrir nuestra desnudez, ayúdanos a creer que sólo quien pierde la vida la gana, que el camino de la Cruz es el único que conduce a la gloria.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

XI ESTACIÓN. JESÚS ES CRUCIFICADO

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del Evangelio según san Juan (Jn 19,17-19): “Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos»”.

Tú, nuestro Sumo Sacerdote, también tuviste miedo al tormento, tú también suplicaste que de ser posible fuera apartado el cáliz del dolor, pero el Padre quiso tu sacrificio, no te libró de la Cruz porque es la prueba de que realmente nos amas. Tú tampoco, Señor misericordioso, nos librarás de la muerte, hoy que nos han dado la sentencia fatal comprendemos que pides de nosotros la prueba suprema del martirio; bien sabes, Señor Crucificado, que no somos dignos, pero aquí están nuestros cuerpos, tómalos como hostias vivas, aquí está nuestra sangre, a punto de ser vertida en el mar, que se expanda por los océanos con las olas y que sirva con la tuya para la salvación del mundo.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

XII ESTACIÓN. JESÚS MUERE EN LA CRUZ

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del Evangelio según san Juan (Jn 19,28-30): “Sabido Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu”.

Tú diste la vida por nosotros y hoy nosotros la damos por ti, gracias por concedernos este don, gracias por la palma victoriosa del martirio. Venga la muerte, que viniendo de ti se convierte en vida; venga el tormento, que sufrido por ti se transforma en dicha; venga la crueldad, que será un instante a cambio de la eternidad. Ya no tememos al odio y su violencia embrutecida, moriremos pidiendo el perdón para nuestros enemigos, y repitiendo como una obsesión: ¡Jesús, Jesús, Jesús!

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

XIII ESTACIÓN. JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del Evangelio según san Juan (Jn 19,38-39): “José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe.”.

No tendremos el honor de ser sepultados, nuestros cuerpos tendidos y decapitados sobre la playa serán arrojados y profanados, no estarán nuestras mujeres para los ritos funerarios, ni cerrarán nuestros ojos por última vez, seremos expuestos como advertencia y escarmiento; pero eso no importa, viviremos en el recuerdo de nuestros hermanos cristianos, y deseamos que nuestro martirio fortalezca la fe de la Iglesia. Bajamos, como tú, Señor, al misterio de la muerte; y subimos a la casa del Padre, donde nos has preparado una morada para reinar contigo para siempre.

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

XIV ESTACIÓN. JESÚS ES SEPULTADO.

V./ Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos.

R./ Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

(Silencio breve)

Del libro de los Salmos (Sal 139,7-12): “¿Adónde iré lejos de tu aliento, | adónde escaparé de tu mirada? Si escalo el cielo, allí estás tú; | si me acuesto en el abismo, allí te encuentro; si vuelo hasta el margen de la aurora, | si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, | me agarrará tu derecha. Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra, | que la luz se haga noche en torno a mí», ni la tiniebla es oscura para ti, | la noche es clara como el día, | la tiniebla es como luz para ti”.

Tú bajaste al abismo, nosotros ascendemos al cielo; tú descendiste a los infiernos, nosotros subimos a la gloria, ¡qué cara pagaste nuestra redención! Que no lloren nuestras madres y esposas, que no se aflijan nuestros hijos, nuestra muerte es una grandiosa victoria: venció el amor, no el odio; ganó el perdón, no la venganza, porque al final triunfaste Tú. Recibe nuestros tormentos, Señor, acepta nuestra humilde inmolación; sea nuestra sangre purificada por el martirio savia de cristianos nuevos, fuerza para los que sufren persecución. ¡Salve Rey Crucificado, Jesús Nuestra Gloria y Salvación!

(Silencio breve)

Padre nuestro....

V./ Señor, pequé.

R./ Tened piedad y misericordia de mí.

ORACIÓN FINAL

Recibe, Señor, nuestra oración, y por la intercesión de tus santos mártires concédenos fortaleza en las tribulaciones, valor en las persecuciones y la dulce esperanza de resucitar con tu Hijo Jesucristo que vive y reina, inmortal y glorioso, por los siglos de los siglos Amén.

Credo y oración por el Papa para obtener las Indulgencias.

Bendición final.

Veneración de las reliquias de los mártires.